

— ¿A dónde vais?

— A las orillas del Rhin, señora.

— Bien hecho, porque hablais el alemán, condesa; d'ijo la reina con una sonrisa de indefinible tristeza; y yo os lo he enseñado. Estoy contenta de que la amistad de vuestra reina os haya servido de algo.

Y volviéndose hácia la condesa Julia, añadió:

— No quiero separaros, mi querida condesa; querriais quedaros y aprecio este deseo; pero yo temo por vos, quiero que partais, os lo mando.

Y al pronunciar estas palabras, se detuvo por la emoción que sentia, y que no pudo contener á pesar de su heroísmo: pero la voz del rey, que no habia tomado parte en nada de lo que acabamos de contar, la llamó la atención.

S. M. estaba aun en los postres.

— Señora, dijo el rey; ¿hay alguien todavía?

— Pero señor, exclamó la reina, prescindiendo de todo otro sentimiento que no fuese el de la dignidad real. V. M. tiene que dictar órdenes, y ya no han quedado aquí mas que tres personas; pero precisamente son las que os hacen falta; Mr. de Lambesc, Mr. de Bezenval y Mr. de Broglie; disponed lo que querais.

El rey miró con timidez.

— Qué pensais de estas cosas, Mr. de Broglie, dijo.

— Señor, respondió el antiguo mariscal, si retirais vuestro ejército de París, se dirá que los parisienses le han derrotado, y si le dejais en París, es preciso que derrote á los parisienses.

— Bien, dijo la reina apretando la mano al mariscal.

— Bien dicho, dijo Mr. de Bezenval.

El príncipe de Lambesc se contentó con menear la cabeza.

— Y bien, ¿qué haremos? dijo el rey.

— Mandad: resolución, dijo el antiguo mariscal.

— Sí, resolución, exclamó la reina.

— Ya que todos quereis lo mismo, resolución, dijo el rey.

En este momento la reina recibió un billete que decia lo siguiente:

« Por Dios, señora, que no haya precipitación; espero una audiencia de V. M. »

— ¡ Su letra! murmuró la reina.

Y volviéndose,

— ¿ Está Mr. de Charny en mi habitación? preguntó.

— Ha llegado cubierto de polvo, y yo creo que aun de sangre, respondió la confidente.

— Espéradme un momento, dijo la reina á Mr. de Bezenval y á Mr. de Broglie.

Y marchó á su habitación con mucha prisa.

El rey ni tan siquiera levantó la cabeza.

CAPITULO XXVII.

Oliverio de Charny.

La reina se dirigió á su gabinete-tocador, y encontró en él al autor de la carta que acababa de entregarle su camarera.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de elevada talla, y de un semblante, en el cual se veian señales inequívocas de fuerza y de resolución. Sus ojos de un azul oscuro, vivos y penetrantes como los del águila, daban á su fisonomía un carácter marcial, que adquiria mayor realce, merced á la elegancia con que vestia el uniforme de brigadier de guardias de corps.

Sus manos se estremecian nerviosamente bajo unas guarniciones de batista usadas y rotas.

Su espada, cuya hoja parecia estar torcida, no encajaba bien dentro de la vaina.

Cuando la reina entró en su tocador, el personaje indicado antes, estaba paseándose precipitadamente, y á guisa de hombre preocupado con mil pensamientos de fiebre y agitación.

— ¡ Señor de Charny! exclamó la reina dirigiéndose hácia donde se hallaba el caballero; ¿ cómo es que os encuentro en palacio?

Y viendo que aquel á quien dirigia esta pregunta, se inclinaba respetuosamente segun prescribe la etiqueta, hizo una seña á la camarista, la cual se retiró cerrando en pos de sí puertas y mamparas.

Escasamente habia tenido ésta tiempo para desaparecer de la estancia, cuando asiendo la reina la mano de Mr. de Charny, volvió á exclamar :

— ¿Por qué habeis venido á palacio, conde?

— Porque creo que cumplo así con un deber, respondió el caballero.

— No : vuestro deber, por el contrario, era huir de Versalles, era hacer lo que tenemos convenido ; era, ante todo, obedecerme ; era, en fin, imitar á todos mis amigos, los cuales tienen miedo de la muerte que me aguarda. Vuestro deber, señor conde, es el de no hacer por mi sacrificio alguno ; es el de alejaros de mí.

— ¡Alejarme de vos ! exclamó el conde.

— Sí, huir de mi lado.

— ¡Huir de vos ! ¡Quién hace tal, señora ?

— Todos aquellos que son prudentes.

— Yo me precio de serlo tanto como el que mas, y eso es precisamente lo que me trae á Versalles.

— ¿Y de dónde venis ?

— De París.

— ¿De París, que cortinuará sublevado ?

— De París, que continúa efervescente, ébrio, sangriento.

— ¡Oh ! exclamó la reina, llevándose las manos al rostro : ¡no habrá ni siquiera uno, incluso vos, que se acerque á mí para anunciarme una buena noticia ?

— En circunstancias como las presentes, señora, no pida V. M. á sus mensajeros mas que una cosa : la verdad.

— ¿Y lo es eso que acabais de decirme ?

— Es la verdad sincera, como acostumbro á decirla siempre.

— Ya sé, caballero, que estais dotado de una alma honrada y de un excelente corazón.

— Yo no soy mas que un súbdito fiel de V. M.:

— ¡Pues bien ! dadme treguas, amigo mio, por un momento, y no me digais ni una palabra mas. Llegais precisamente á una sazón en que tengo despedazada el alma : mis amigos se han conjurado todos para decirme hoy por primera vez esa verdad que vos no me habeis ahorrado nunca. ¡Oh ! verdad, conde, que no era ya posible ocultarme la por mas tiempo, porque estalla y se revela en todas partes ; en el cielo, que se halla enrojecido ; en el aire, que exhala rumores siniestros ; en la fisonomía de los artesanos, los cuales se muestran pálidos y reflexivos. ¡No ! ¡no ! conde, os lo repito ; sea esta la primera vez en vuestra vida que no me digais la verdad.

El conde miró á la reina.

— Sí, sí, prosiguió María Antonieta ; ocultádmela, por mas que os sorprenda este lenguaje en boca de una muger á quien teneis motivos para suponer dotada de algun valor. ¡Ah ! ¡no será esta la única sorpresa que he de proporcionaros !

Mr. de Charny no fué dueño de reprimir una mirada incrédula.

— Vais á verlo ahora mismo, dijo la reina mostrando una sonrisa nerviosa.

— ¿Padece V. M. ?

— ¡No ! ¡no ! caballero ; sentaos aquí, á mi lado, y no hablemos ni una palabra mas acerca de esa infernal política... Acudid en mi auxilio para que pueda olvidarme de ella.

El conde obedeció sonriendo con malancolía.

María Antonieta puso una mano sobre la frente de Mr. Charny, y en seguida le dijo :

— Teneis la frente abrasando, conde.

— ¡Oh ! sí ; mi cabeza, en efecto, está hecha un volcan.

— Y vuestra mano helada, dijo María Antonieta estrechando entre las suyas una de las manos del conde.

— Helada, como el corazón, en el cual siento el frío de la muerte.

— ¡Pobre Oliverio ! con razon os lo decia yo : olvidemos lo que sucede. Ya no soy reina ; ya no me creo ame-

nazada de peligro alguno; ya no me considero blanco de ningun odio. No; en este momento soy una muger, y nada mas: preferiria á la posesion del universo, la de un corazon que me amase: con eso me contentaría.

El conde se postró ante la reina, y la besó los pies con un respeto análogo al que los egipcios mostraban á la diosa Isis.

— ¡Oh! mi verdadero y único amigo! dijo la reina intentando levantar del suelo á Mr. de Charny: ¿á que no adivináis lo que quiere hacer la duquesa Diana?

— Sí tal, señora, repuso el conde; quiere emigrar.

— ¡Lo habeis adivinado! exclamó María Antonieta: ¡ay! ¿con que era posible adivinar eso?

— En las circunstancias presentes, nada tiene de extraño que uno se imagine esas cosas,

— Pero siendo eso así, ¿cómo es que no emigrais vos y los vuestros?

— Yo, señora, no emigro, porque ademas de ser profundamente adicto á vuestra persona, he prometido, no á V. M., sino á mí propio, no abandonaros por un solo instante, mientras dure la tempestad que se prepara. Mis hermanos tampoco emigrarán, porque la norma de su conducta será la mia: y la señora condesa de Charny, por último, se resistirá tambien á hacerlo, porque, á mi juicio, ama sinceramente á V. M.

— Si, Andrea tiene un corazon muy noble, repuso la reina con marcada frialdad.

— Esa es precisamente la razon porque no abandonará á Versailles, dijo el conde.

— Tanto mejor; así os tendré siempre á mi lado, replicó la reina con el mismo tono glacial y modulado, de manera que no pudiese revelar otra cosa que sus celos ó su desden.

— Vuestra magestad, contestó el conde de Charny, me ha dispensado la honra de nombrarme brigadier del cuerpo de guardias de corps, y mi puesto, por consiguiente, está en Versailles. Si S. M. no me hubiese encomendado despues la custodia de las Tullerías, yo no me hubiera sepa-

rado de aquí: pero la reina me dijo al darme esta comision: « Es un destierro necesario, » y me apresuré á partir para mi destierro. Por lo demas V. M. sabe muy bien, que nada de esto ha podido aprobar ni desaprobado la condesa de Charny, puesto que no ha sido consultada.

— Es un hecho; respondió la reina, conservando el mismo tono de frialdad.

— En el dia, continuó el conde resueltamente, estoy convencido de que mi deber me llama á Versailles, y aquí me quedo, aun cuando arriesgue el incurrir en desgracia para con mi reina, por haber quebrantado su consigna. Diré mas; tenga ó no miedo de los acontecimientos la condesa de Charny; quiera ó no quiera emigrar, yo me quedo al lado de mi soberana... á menos que no resuelva esta hacer mi espada pedazos; en cuyo caso, y careciendo como careceria del derecho de pelear y morir por ella dentro del palacio de Versailles, me reservaria el de hacerme matar á las puertas del mismo.

El jóven caballero pronunció tan hidalga y valientemente estas palabras sentidas, que la reina no pudo menos de bajar de la cúspide de su orgullo, detrás del cual habia ocultado momentos antes un sentimiento menos régio que humano.

— No volvais á pronunciar otra vez semejante palabra, conde; dijo María Antonieta: no volvais á decir que moriréis por mí, porque me consta que sois muy capaz de llevarlo á efecto.

— ¡Oh! al contrario, señora; ¡lo repetiré una y mil veces! exclamó Mr. de Charny: no me cansaré de decirlo en todas partes y á todo el mundo, hallándome dispuesto ademas á hacerlo lo mismo que lo digo; porque quisiera equivocarme, pero me temo que ha llegado ya el dia en que deben morir todos los que han acatado á los reyes de la tierra.

— ¡Conde! ¡conde! ¿qué motivos teneis para abrigar ese fatal presentimiento?

— ¡Ay señora! contesto Charny moviendo tristemente la cabeza: durante la guerra de América, yo mismo me ví

acosado de esa fiebre de independencia que ha corrido por toda la sociedad. Yo tambien quise entónces tomar una parte activa en la emancipacion de los esclavos, como se decia en aquella época, y al efecto me hice mason, afiliándome en una sociedad secreta á la cual pertenecian los Lafayette y los Lameth. ¿Quereis, señora, que os diga qué fin se proponia esa sociedad? La destruccion de los tronos. ¿Quereis saber cuál era su divisa? Estas tres letras: L. P. D.

— ¿Y qué significan esas tres palabras?

— *Lilia pedibus destrue*: Destruid las lises con los pies.

— ¿Y qué hicisteis entónces?

— Me retiré honrosamente de aquella sociedad; pero por cada uno que se retiraba, habia ciento que se inscribian en ella. Ahora bien: cuanto está sucediendo, es el prólogo del espantoso drama que se está preparando en silencio y tenebrosamente hace veinte años por los hombres que insurreccionan á Paris, que gobiernan el Hotel de Ville, que ocupan al Palacio Real, y que han tomado la Bastilla. He reconocido perfectamente entre las turbas los semblantes de algunos de mis antiguos afiliados. De consiguiente, señora, no os hagais ilusiones; todos esos incidentes que acaban de ocurrir, son otras tantas sublevaciones preparadas muy de antemano; no son hijos de la casualidad.

— ¡Oh! será posible, amigo mio! ¡lo creis vos así! exclamó la reina prorumpiendo en llanto.

— ¡Ah! señora; no lloreis, repuso el conde; procurad comprenderme, eso importa mas.

— ¡Que os comprenda! exclamó María Antonieta: y cómo quereis que una reina, señora natural de veinte y cinco millones de hombres, se avenga á comprenderos, cuando esos veinte y cinco millones de súbditos creados para obedecerme se sublevan y matan á mis amigos. No; jamás, jamás comprenderé eso.

— Preciso será, sin embargo, que lo comprendais, porque para todos esos súbditos, para todos esos hom-

bres creados con el fin de que os rindan homenaje, llegareis á ser una enemiga en el momento en que les pese esa obediencia, y miéntras que adquieren la fuerza suficiente para devoraros, á cuyo fin están aguzando sus dientes famélicos, devorarán á vuestros amigos, á quienes detestan mucho mas que á vos.

— ¿Apostamos algo, señor filósofo, á que llegais hasta el punto de creer que no les faltan motivos? exclamó imperiosamente la reina, con las pupilas dilatadas y la nariz temblorosa.

— ¡Ay! desgraciadamente sospecho que los tienen, señora, repuso el conde con dulce y afectuosa voz: porque, á decir verdad, cuando yo me paseo por los boulevares con mis arrogantes caballos ingleses, con mi casaca recamada de oro, con mis lacayos llenos de galones de plata, y con un lujo, en fin, cuyo valor bastaria para sustentar á tres familias, vuestro pueblo, ó sea esos veinte y cinco millones de súbditos hambrientos, no pueden menos de preguntarse cómo y para qué les sirvo yo; que no soy ni mas ni menos que un semejante suyo.

— ¿Como los servis? Con esto, conde; exclamó la reina tocando la guarnicion de la espada de Charny; con esta espada que vuestro padre manejó como un héroe en Fontenoy, vuestro abuelo en Steinkerque, vuestro bisabuelo en Lens y en Rocroi, y vuestros antepasados en Ivry, en Marignan y en Azincourt. La nobleza sirve al pueblo francés en la guerra: en la guerra es donde la nobleza ha ganado á costa de su sangre el oro de que están recamados sus trages, y la plata que brilla en las libreas de sus lacayos. De consiguiente, Oliverio, vos, que á vuestra vez manejaís valerosamente esa espada que heredásteis de vuestros mayores, no volvais á preguntaros de qué servis al pueblo.

— ¡Oh señora! dijo el conde moviendo la cabeza de un lado á otro; no hableis tanto de la sangre de los nobles: el pueblo la tiene tambien en sus venas: id, sino á ver los arroyos que corren por la plaza de la Bastilla: id á contar los cadáveres que hay tendidos sobre el cruento em-

pedrado, y sabed que aquellos corazones que no laten ya, han palpitado tan noblemente como el de un caballero el día en que los cañones de V. M. hacian fuego sobre las turbas, en que blandiendo el pueblo un arma nueva para su mano inhábil, recibia cantando la metralla, lo cual no suelen hacer siempre nuestros bizarros granaderos. ¡Oh! señora; no me mireis con ojos irritados por lo que acabo de deciros. ¿Qué cree, por ventura, V. M. que es un granadero? No es mas que un hombre con casaca azul, cubierta de alamares, debajo de la cual se abriga uno de los corazones de que os hablaba hace un momento. ¿Qué le importa á la bala que agujerea ó dá la muerte, que el corazon se halle cubierto con paño azul ó con andrajos? ¿Qué le importa al corazon herido por una bala, que la coraza que le protegía fuera de andrajos ó de paño azul? Ya ha llegado el tiempo, señora, de parar mientes en todo esto: en la actualidad, ya no teneis veinte y cinco millones de esclavos en Francia; ya no teneis veinte y cinco millones de súbditos; no teneis siquiera veinte y cinco millones de hombres: lo que teneis son veinte y cinco millones de soldados.

— ¿Los cuales combatirán contra mí? ¿no es verdad, conde?

— Sí, señora, contra vos, porque combaten por la libertad, y vos os hallais interpuesta entre la libertad y ellos.

A estas palabras del conde, vino despues un largo silencio, el cual rompió María Antonieta, diciendo á Mr. de Charny:

— En fin, es lo cierto que al cabo me habeis dicho toda entera esa verdad que yo os suplicaba que me ocultárais.

— ¡Ay! señora, respondió Charny; fuera cual fuese la forma con que mi afecto hacía V. M. se hubiera propuesto ocultárosla, á pesar vuestro y á pesar mio, teniais que descubrirla, porque no podeis prescindir de mirar, oír, sentir, palpar, meditar y soñar, y la verdad está delante de vos, y lo estará eternamente, sin que os sea dado separarla. Si os entregais al sueño para darla al olvido, irá á sentarse á la cabecera de vuestro lecho, y será el fantasma

de vuestros ensueños y la realidad de vuestras vigiliass.

— ¡Oh! exclamó con arrogancia la reina: yo conozco un sueño que la verdad no podría turbar.

— Ese sueño, señora, dijo Oliverio, es para mí tan poco temible como para V. M., y quizás lo deseo tanto ó mas que vos.

— ¡Ah! exclamó la reina con acento desesperado. ¿Con que en vuestro sentir, ese sueño es nuestro único refugio?

— El único efectivamente; mas no por eso debemos precipitarnos ni avanzar mas que los enemigos; caminemos por el contrario rectamente ó paso á paso por medio de las fatigas que habrán de proporcionarnos los días de tempestad que nos aguardan.

Ambos interlocutores volvieron á sumergirse en un silencio mas sombrío aun que el primero.

Hallábanse sentados uno al lado de otro, casi tocándose, y sin embargo los separaba un inmenso abismo. Separábalos su propio pensamiento, el cual bogaba en direccion opuesta sobre las olas de lo porvenir.

La reina fué la primera en decidirse á reanudar la conversacion, si bien dando un rodeo. A este fin, miro fijamente al conde, y en seguida le dijo:

— Vamos, caballero; una palabra mas acerca de nosotros, y será la última por hoy; pero... pero vais á decirme todo, todo ¿lo ois?

— Ya os escucho, señora.

— ¿Me jurais que no habeis venido á Versalles mas que por mí?

— ¡Oh! ¡Podeis dudarlo!

— ¿Jurais que la condesa de Charny no os ha escrito?

— ¡Cómo! ¿ella?

— Escuchadme: yo sé que Andrea iba á salir y que llevaba una idea en su mente... Juradme, conde, que no es por ella por quien habeis vuelto á Versalles.

A esta sazón llamaron, ó por mejor decir se sintió un levísimo ruido en la puerta de la estancia.

— Adelante, dijo la reina.

— Señora, dijo la camarista asómandose al regio aposento : S. M. el rey ha concluido ya de cenar,

El marqués miró á María Antonieta sorprendido.

— ¿Y bien, y qué? repuso la reina, encogiéndose de hombros : ¿tiene eso algo de estraño?

Oliverio frunció el ceño.

— Decid al rey, prosiguió la reina sin moverse de su sitio, que estoy recibiendo en este instante noticias de París, y que así que me las hayan dado iré á comunicárselas.

Luego añadió, volviéndose hácia Charny :

— Continuemos, conde: una vez que el rey ha cenado, bueno será que le demos tiempo para que digiera la cena.

La interrupcion de la camarista no hizo mas que suspender momentáneamente la conversacion, pero no alteró lo mas mínimo el doble sentimiento celoso de que se hallaba poseida la reina en aquel instante; hallábase celosa de amor como muger, y celosa de poder como reina.

De aquí resultó naturalmente que la conversacion que en aquel primer período parecia ya agotada, no habia hecho mas que iniciarse: por lo tanto, tenia imprescindiblemente que reanimarse y hacerse mas incisiva que nunca, así como, despues de haber cesado en una batalla el fuego que sirvió para empeñar la accion en algunos puntos, vuelve á empezar en toda la línea el fuego general que ha de decidir del triunfo.

Por lo demas, y una vez llegadas las cosas á situacion tan crítica, el conde tenia por lo menos tanta necesidad como la reina de una explicacion, y así es que en el instante mismo en que se cerró la puerta, fué Mr. de Charny quien tomó primeramente la palabra.

— Si no me equivoco, dijo, me habeis preguntado poco ha, si habia yo vuelto á Versalles por la condesa de Charny. ¿Ha olvidado, por ventura, V. M. que median entre nosotros ciertos empeños, y que yo soy un hombre de honor?

— Es verdad, contestó la reina, inclinando la cabeza; esos empeños median efectivamente entre nosotros, y habeis jurado inmolaros á mi felicidad; pero ese juramento mismo es lo que me devora, por que al sacrificaros por

mi dicha, sacrificais tambien á una muger hermosa y de un carácter noble... lo cual es un crimen mas.

— ¡Oh! señora, veo que exagerais mucho la gravedad de la acusacion. Limitáos, pues, á confesar únicamente que he cumplido mi palabra con lealtad.

— Es verdad, conde; soy una insensata, perdonadme.

— No calificueis, señora, de crimen, lo que solamente procede de la necesidad ó del acaso. Uno y otro hemos deplorado esa boda, que era el medio único para poner á cubierto la honra de la reina : lo que ahora hay que hacer es sufrir las consecuencias del tal matrimonio, y eso es lo que estoy haciendo de cuatro años acá.

— Sí, exclamó la reina : pero ¿creeis que se me oculta vuestro dolor, y que no comprendo vuestras penas profundas, las cuales me revelais bajo la forma del mas grande respeto? ¿Se os figura, conde, que yo no lo veo todo?

— ¡Oh! señora, dignaos decirme, repuso el conde inclinándose, qué es lo que veis, á fin de que si aun no he sufrido ya bastante ni hecho sufrir suficientemente á los demas, redoble la suma de los males para mí y para los que me rodean, decídmelo, y lo haré en la seguridad de que eternamente me verá imposibilitado de pagaros lo que os debo.

La reina estendió una de sus manos hácia el conde, porque las palabras de Mr. Charny, como todo aquello que emana de un corazon apasionado y sincero, tenian un poder irresistible.

— Ordenad, señora, prosiguió éste, que estoy pronto á obedeceros; os lo juro.

— ¡Oh! sí, sí; estoy segura de ello, y declaro que he obrado mal; perdonádmelo. Pero si teneis en alguna parte un ídolo oculto al cual ofreceis un incienso misterioso; si teneis en algun rincon del mundo una muger adorada... ¡Oh! no me atrevo á pronunciar esta palabra, porque me dá miedo y me acomete la duda siempre que las sílabas de que se compone hieren el aire y vibran en mi oido. Decia, pues, que si eso existe, aunque oculto para todos, no olvideis que para todos tambien y para vos mismo, sois el es-

poso de una muger jóven y hermosa á la cual colmais de atenciones y galanterías; de una muger que se apoya en vuestro brazo, y que al hacer esto, se apoya tambien en vuestro corazon.

Oliverio frunció el entrecejo, y las líneas rectas y limpias de su semblante se alteraron por un momento algun tanto.

— ¿Qué me pedis, señora? preguntó el conde; ¿que aleje de mi lado á la condesa de Charny? ¡Callais! ¿Luego es eso? ¡Pues bien! Hállome pronto á obedecer esa órden; pero no ignorais que la condesa está sola en el mundo. Es una huérfana: su padre, el baron de Taberney, murió el año pasado como un caballero de los antiguos tiempos: sabeis además que su hermano Casa-Roja se presenta en la córte una vez al año á lo sumo, dá un abrazo á su hermana, saluda á V. M., y vuelve á marcharse sin que nadie sepa dónde.

— Sí, me consta todo eso.

— Reflexionad, señora, en que esa misma condesa de Charny podria volver á adoptar el dictado de señorita en el caso de que Dios me llame á sí, sin que el mas puro de los ángeles del cielo haya sorprendido en sus ensueños ni en su imaginacion una palabra, un nombre, un recuerdo de muger.

— ¡Oh! sí, sí, repuso la reina; ya sé que vuestra Andrea es un ángel sobre la tierra, y que es muy digna de ser amada: esa es precisamente la razon porque creo que el porvenir es suyo, al propio tiempo que á mi se me escapa de las manos. ¡Oh! no me repliqueis, conde; no me digais una palabra mas; os lo pillo. No os hablo ni quiero hablaros como reina: perdonadme. Me habia olvidado de todo... ¿pero que quereis? En mi alma hay una voz que canta constantemente la felicidad, el regocijo y el amor, al compás de esas otras voces siniestras cuyo murmullo anuncia la desgracia, la guerra y la muerte. Es la voz de mi juventud, á la cual sobrevivo. Charny, perdonadme: ya no seré jóven; ya no sonreiré ni amaré mas.

Y aquella infortunada muger apoyó sus enardecidos ojos sobre sus manos delgadas y perfiladas, y una lágrima de reina, un diamante, se deslizó por entre sus dedos.

— En nombre del cielo, señora, dijo el conde volviendo á echarse á sus pies, os suplico que me ordeneis que me separe de vos, que huya, que muera, si así os place; pero no me hagais presenciari vuestro llanto.

Y al pronunciar las anteriores palabras, el conde mismo se hallaba muy dispuesto á llorar como ella.

— Vamos, ya se acabó, dijo María Antonieta levantándose y moviendo suavemente la cabeza con una sonrisa llena de gracia.

Y echando hácia atrás con un ademan y un gesto encantador su empolvada y espesa cabellera, la cual se habia desrizado un poco, cayendo sobre su cuello blanco como el de un cisne, continuó:

— Sí, sí, ya se acabó todo, y en lo sucesivo no volveré á affigiros; tiempo es ya de que demos treguas á estas locuras. ¡Dios mio! no deja de ser estraño que en mí sea la muger tan débil, cuando la reina tiene tanta necesidad de ser fuerte. ¿Con que deciais que venis de París, no es verdad? Hablemos de eso. Poco hace me habeis dicho una porcion de cosas que ya he olvidado, á pesar de que son harto graves: ¿no es cierto, señor de Charny?

— Sea como lo deseais; hablemos de eso, señora, porque, en efecto, es bastante grave lo que tengo que decir á V. M. Vengo de París, y he presenciado la ruina de la monarquía.

— Tenia razon en variar el tono de nuestra conversacion Mr. de Charny. ¡A una asonada que ha tenido algun éxito, llamais la ruina de la monarquía! ¿Pues qué, porque haya sido tomada la Bastilla, suponeis que la monarquía se haya desplomado? Sin duda no teneis en cuenta que la Bastilla tuvo origen en el siglo XIV, y la monarquía tiene raices que datan de seis mil años en todo el universo.

— Quisiera poder hacerme ilusiones, señora, respondió el conde, y entónces en vez de entristecer el ánimo de

V. M., proclamaria las ideas mas consoladoras. Por desgracia, el instrumento no produce otros acordes que aquellos para que fué destinado.

— Veamos, veamos, yo misma trataré de animaros á pesar de que soy una muger; os pondré en buen camino.

— ¡Ay! no pido otra cosa.

— Las gentes de París se han insurreccionado, ¿no es verdad?

— Con efecto.

— ¿En qué proporcion?

— En la de doce por quince.

— ¿Y cómo haceis ese cálculo?

— ¡Oh! muy sencillamente; el pueblo forma doce quincenas del cuerpo de la nacion; quedan dos décimas quintas partes para la nobleza y el clero.

— El cálculo es exacto, conde, y se conoce que estais acostumbrado á hacerlos. ¿Habeis leído á Mr. y Mad. Necker?

— A Mr. Necker sí, señora.

— ¡Oh! ¡qué cierto es el proverbio que dice que siempre los que hacen traicion son los amigos! Pues bien, ahora oid cómo yo calculo.

— Decid, señora.

— De esas doce quintas partes, las seis las forman las mugeres, ¿no es cierto?

— Tiene razon V. M.; pero...

— No me interrumpais. Quedan, por lo tanto, seis partes de ancianos imposibilitados ó indiferentes. ¿Os parece demasiado?

— No.

— Restan aun cuatro partes, dos de las cuales no dudo que me concedereis que están formadas de cobardes ó de personas tibias. Esto es una galantería que hago á la nacion francesa. Pero por último, aun faltan dos partes que os concedo serán valientes, entusiastas, rabiosas é inteligentes. Estas dos décimas quintas, evaluémoslas en París, porque en las provincias nada tenemos que hacer, ¿no es cierto?

— Sí señora, pero...

— ¡Siempre, objeciones! Esperad, ya me contestareis cuando haya concluido.

Mr. de Charny se inclinó.

— Hago subir, pues, las dos décimas quintas partes que corresponden á París hasta el número de cien mil hombres, ¿os parece bien?

Aquella vez el conde no dió á la reina contestacion ninguna.

La reina prosiguió.

— Pues bien, á esos cien mil hombres, mal equipados, poco agucerridos, indecisos, porque saben que obran mal, opongo cincuenta mil soldados, conocidos en toda Europa por su valor, con oficiales como vos, Mr. de Charny; ademas, una causa sagrada que se nombra el derecho divino; y en fin, mi alma, que tan fácil es de enternecer, y tan difícil de arrollar.

El conde permaneció tan silencioso como antes.

— ¿Creéis, continuó la reina, que en un combate presentado en semejante terreno, dos hombres del pueblo valen mas que uno de mis soldados?

Charny no contestó.

— Hablad, responded, ¿lo creéis? exclamó la reina llena de impaciencia.

— Señora, contestó por fin el conde saliendo de la respetuosa reserva que se habia impuesto al oír la orden de la reina. Si esos cincuenta mil hombres aislados, indisciplinados y mal equipados, se presentasen en un campo de batalla, vuestros soldados los derrotarian en media hora.

— ¡Ah! exclamó la reina; segun eso, ya veis que tengo razon.

— Os suplico que esperéis un momento, pues el caso no es ese. Primeramente, los cien mil insurgentes de París son quinientos mil.

— ¿Quinientos mil?

— Lo menos. Habeis descartado á las mugeres y los niños de vuestro cálculo. ¡Oh reina de la Francia, muger valiente y orgullosa, contad como otros tantos hombres á

esas mugeres de París; dia llegará, tal vez, en que os hagan mirarlas como otros tantos demonios!

— ¿Qué me quereis decir, conde?

— Señora, ¿sabeis el papel que representa una muger en las guerras civiles? ¡Oh! ¡no lo sabeis! Pues bien, yo voy á deciroslo, y comprendereis que no serán bastantes dos soldados para cada una de ellas.

— Conde, ¿estais loco?

Charny se sonrió tristemente.

— ¿Las habeis visto por ventura en la Bastilla, prosiguió el conde, bajo el fuego de los cañones, en medio de las balas, gritando á las armas, amenazando á vuestros suizos completamente equipados y maldiciendo sobre el cadáver de los muertos con esa voz que hace atemorizar á los vivos? ¿Las habeis visto derritiendo pez, arrastrando los cañones, dando cartuchos á los entusiasmados combatientes y a los combatientes tímidos un cartucho y un beso? ¿Sabeis que sobre el puente de la Bastilla han pasado tantas mugeres como hombres, y que á estas horas si la Bastilla se desmorona es bajo el pico manejado por las manos de las mugeres? ¡Ah! señora, contad las mugeres de París, contadlas, y contad tambien á los niños que funden las balas, que afilan las hojas de las espadas y arrojan las baldosas desde un sexto piso; contadlos tambien señora, pues la bala fundida por un niño irá á terminar los dias de vuestro mejor general; porque el sable que ha afilado, cortará los corbejones de vuestros caballos de guerra; porque la baldosa arrojada al acaso, caerá del cielo sobre las cabezas de vuestros dragones y de vuestros guardias. Contad á los ancianos, pues si no tienen la fuerza bastante para levantar en sus débiles manos una espada, la tienen para servir de escudo. En la Bastilla, señora, habia tambien hombres ancianos; ¿y sabeis lo que hacian estos hombres que no teneis en cuenta? Se colocaban delante de los jóvenes que apoyaban sus fusiles sobre sus hombros, de manera que la bala de vuestros suizos venia á matar á un anciano impotente, cuyo cuerpo era una muralla para el hombre útil. Contad á los ancianos, pues ellos son los que

hace trescientos años refieren á las generaciones que les han sucedido, las afrentas sufridas por sus madres, la miseria de sus campos devastados por la caza de los nobles; la vergüenza de su stirpe abrumada bajo el peso de los privilegios feudales, y entónces los hijos se apoderan del hacha, de la maza, del fúsil, de todo cuanto hallan á mano, y matan con esos instrumentos cargados con las maldiciones del anciano, como mata el cañon cargado con pólvora y hierro. En París, en este momento, hombres, mugeres, ancianos y niños gritan: libertad, independenciam. Contad á todos los que gritan, señora, contad ochocientas mil almas en París.

— Trescientos espartanos vencieron el ejército de Xerjes, señor de Charny.

— Sí, pero hoy vuestros trescientos espartanos son ochocientos mil, señora, y vuestros cincuenta mil soldados son los que forman el ejército de Xerjes.

La reina se levantó con las manos crispadas y el rostro encendido por la cólera y el bochorno.

— ¡Oh! ¡qué caiga yo del trono, dijo, que me vea descuartizada por vuestros quinientos mil parisienses; pero que no oiga yo á un Charny, á un hombre, hablar de esa manera!

— Si ese hombre os habla así, es porque es preciso que os hable; porque ese Charny no tiene en sus venas una sola gota de sangre que no sea digna de sus antepasados y que no pertenezca á su reina.

— Entónces que marche contra París conmigo y moriremos juntos.

— Y vergonzosamente, dijo el conde, sin lucha posible, pues ni aun llegaremos á combatir; desapareceremos como los filisteos ó los amalecitas, ¡Marchar contra París! Sin duda no sabeis una cosa, y es que en el momento en que entráramos en París, las casas se derrumbarian sobre nosotros como las olas del mar Rojo sobre Faraon y dejariais en Francia un nombre maldito y vuestros hijos serian muertos como se podrian matar los hijos de una loba.

— Y entónces, ¿cómo quereis que caiga? dijo la reina

con el mas orgulloso dudar; decidmelo, os lo suplico.

— Como una víctima, señora, respondió respetuosamente Mr. de Charny, como cae una reina, sonriendo y perdonando á los que la ultrajan. ¡Ah! si tuvieseis quinientos mil hombres como yo! os diria: partamos, partamos ahora misma y mañana reinareis en las Tullerías; pues mañana habrian reconquistado vuestro trono.

— ¡Oh! en ese caso para vos es cosa desesperada; ¡vos, en quien habia puesto mi primera esperanza!

— Sí, he desesperado, señora, porque la Francia entera piensa como París, porque vuestro ejército aunque saliera victorioso de París, pereceria en Lyon, en Rouen, Lille, Estrasburgo, Nantes y otras cien ciudades. Señora, señora, ¡valor! y escondamos las espadas en sus vainas.

— ¡Ah! y para esto he reunido á mi alrededor tantas personas houradas, para esto les he inspirado tanto valor!

— Si no es esta vuestra opinion, mandad y esta misma noche marcharemos contra París. Hablad.

Habia tal acento de abnegacion en aquella oferta del conde, que aterró mas á la reina que una negativa; arrojóse desesperada sobre un sofá en donde luchó largo tiempo contra su orgullo.

Por último levantando la cabeza.

— Conde, dijo: ¿quereis, pues, que yo permanezca inactiva?

— Tengo el honor de aconsejarlo así á V. M.

— Pues bien, así se hará.

— Señora, ¿os he hecho incomodar? dijo el conde mirando á la reina con una tristeza impregnada de indecible amor.

— No; dadme vuestro mano.

El conde tendió la mano á la reina inclinándose profundamente.

— Os tengo que reñir, dijo María Antonieta procurando hacer asomar una sonrisa á sus labios.

— ¿Y por qué, señora?

— ¡Teneis un hermano al servicio del rey y lo sé por una casualidad!

— No os entiendo.

— Esta noche en jóven oficial de los húsares de Bercheny....

— ¡Ah! ¡mi hermano Jorge!...

— ¿Por qué razon no me habeis hablado nunca de él? ¿Por qué no tiene un alto puesto en un regimiento?

— Porque es muy joven y poco experimentado aun, porque no es digno de mandar como gefe, y porque, en fin, si V. M. se ha dignado fijar su vista sobre mi que me llamo Charny para honrarme con su amistad, esto no es una razon para que yo coloque á mi familia, con perjuicio de una porcion de hombres valientes mas dignos que mis hermanos.

— ¿Segun eso teneis otro aun?

— Sí, señora; y dispuesto á morir por V. M. como los otros.

— ¿Y no necesita nada?

— Nada, señora, tenemos la suerte de contar no solo con una medianía, sino con una regular fortuna que ponemos á los pies de V. M.

Al decir estas palabras, y miéntras que la reina se hablaba conmovida por aquella noble delicadeza, un gemido que partió de la habitacion inmediata los hizo estremecerse.

La reina se levantó, corrió á la puerta, la abrió y dejó escapar un grito

Este grito era producido por la vista de una muger que se agitaba sobre la alfombra con las mas violentas convulsiones.

— ¡Oh! ¡la condesa! dijo en voz baja María Antonieta á M. de Charny, ¿nos habra oido?

— No es posible, señora; si tal hubiese podido suceder ya nos hubieran advertido de que podrian oirnos.

Y diciendo estas palabras se adelantó hácia Andrea, á quien levantó en sus brazos.

La reina se mantuvo á dos pasos, pálida y palpitante de ansiedad.